

INTERCULTURALIDAD:
OPORTUNIDAD PARA UN NUEVO DISCURSO ÉTICO
Y UNA NUEVA POLÍTICA.

I Articulación entre ética y cultura.

- 1.1. La ética como horizonte valorativo referencial de la convicción, decisión e interacción.
- 1.2. La conciencia como sujeto histórico de la convicción, decisión e interacción. (lo relativo y lo absoluto en la libertad)
- 1.3. La ley moral como creación institucional de la cultura.
- 1.4. Los arquetipos, inconsciente colectivo condicionante de la ética y de la ley moral.
- 1.5. La conciencia: sujeto condicionado y llamado a la libertad.

II El etnocentrismo y la función colectiva de cohesión social del discurso ético.

- 2.1. La sacralización ideológico-religiosa del grupo: del “ethos” metafísico al “pathos” mitológico. (La “elección”, el “criterio de humanidad” y la “exclusión”).
- 2.2. Cosmovisión y perversión etnocéntrica del discurso ético-moral.
- 2.3. El estatuto del “otro” y las variantes de la Regla de Oro: eje de la ética.
- 2.4. Autodefinición de las culturas y estatuto del “otro”.

III La modernidad como crisis cultural de la ética.

- 3.1. El surgimiento del “otro diferente” como cuestionamiento del etnocentrismo.
 - + La pregunta de América como paradigma: entre “Edén” y “animalidad”.
 - + Proyección y prejuicio culturales.
 - + La opción colonialista: el otro como objeto.
 - + La justificación ético religiosa del colonialismo.
- 3.2. El “otro” como duda a propósito de la sacralización ética etnocéntrica.
- 3.3. El “otro”: entre relativización y absolutización de la ética etnocéntrica.
- 3.4. El quiebre del dogma etnocéntrico: condición de una verdadera ética universal.

IV La posmodernidad: oportunidad para un discurso ético intercultural, plural y Mestizo.

- 4.1. De la pluri/multiculturalidad como constatación a la interculturalidad como proceso social y cultural.
- 4.2. Pluralismo de iguales: condición de la cohabitación pluricultural. (ver el paradigma peruano).
- 4.3. Dialéctica pluralismo-mestizaje permanente.
- 4.4. La ética: árbitro y fruto de dicha dialéctica.
- 4.5. Intersubjetividad: sustento de un discurso universal.
- 4.6. Libertad de conciencia y quiebre de la cosmovisión objetiva.

V Violencia y miedo como muerte ética.

- 5.1. Vacío ético y sentimiento de amenaza del “otro”.
- 5.2. El miedo y la violencia, síntomas del vacío.
- 5.3. Las tentaciones de repliegue pseudo éticos.
 - + Los fundamentalismos (cristianos, islamistas y andinos...).

- + Fanatismos sectarios y exclusión: modalidad de sobre vivencia.
(El paradigma del “originario” y del “inquilino”).
- 5.4. Denunciar la resurgencia de los mecanismos míticos irracionales.

VI Hacia una “ONU” ética.

- 6.1. Renuncia a la autosuficiencia ética.
- 6.2. Crear espacios de evaluación, negociación y decisión permanentes de consenso ético.
- 6.3. Tolerancia plural y aprendizaje de la negociación (ej. La homosexualidad)
- 6.4. Ciencia y conciencia.
- 6.5. Vigencia universal de las cartas de los derechos.

INTERCULTURALIDAD: **OPORTUNIDAD PARA UN NUEVO DISCURSO ÉTICO.**

Si la cultura es lo propiamente humano, el espacio tiempo donde la comunidad contempla, interroga, interpreta, domestica y transforma su entorno, entonces se confunde, prácticamente con la ética. Esta, en efecto, se presenta como la columna vertebral de la cultura y, a la vez, su creación más genuina.

Sin embargo, la relación histórica entre cultura y ética no carece de ambigüedad y de contradicciones, como lo veremos. En efecto, a lo largo del proceso cultural, el discurso ético tiene que competir constantemente con una enemiga sutil y poderosa, hija perversa de esta misma cultura. Quiero hablar de la ideología y de su discurso justificador y encubridor. En esta contienda de dos discursos antagonistas, **nos** son pocas las oportunidades históricas donde la ética se encuentra vencida por su contrincante ideológica.

Por lo tanto, en cada momento de mutación y crisis cultural, es la relación ambigua entre ética e ideología que vuelve a entrar en zonas de turbulencia, a la vez inquietantes y oportunas en vista a la construcción de un nuevo discurso ético, más libre ante las ataduras ideológicas del pasado.

Es esta dialéctica que va a ocupar nuestras reflexiones en estas páginas, planteándonos el reto nuevo de lo que llamamos la interculturalidad, como mecanismo de autonomización del discurso ético, en contexto de posmodernidad, donde la falacia ideológica parece estar, más que nunca, puesta en tela de juicio por nuestros contemporáneos, especialmente la juventud.

Articulación entre ética y cultura.

En un primer momento, exploremos un poco más esta relación ambigua de la que estamos hablando. Empezaremos con un intento de definición del discurso ético al interior de lo que solemos llamar el triángulo ético moral.

El horizonte ético.

Cuando hablamos de ética, nos referimos claramente al horizonte valorativo referencial desde donde el individuo, al interior de la comunidad, va elaborando progresivamente sus convicciones, sus decisiones y el modo de su interacción social. Este horizonte, por cierto, se inspira de la tradicción en el que el sujeto se inserta (familia, cultura religión etc.).

En este sentido, no está exento, en un primer momento, de influencias externas, prejuicios y proyecciones inconscientes. El valor se confunde, muy a menudo, con las ideologías y los dogmas, supuestamente infalibles, del propio grupo al que pertenece el sujeto.

Sin embargo, a medida que el sujeto va creciendo en autonomía, este horizonte se autonomiza, se interioriza y tiende, cada vez más a la estabilidad en el sujeto mismo, a través de actitudes y comportamientos constantes y coherentes con dicho horizonte referencial.

La ley moral como institución de la cultura.

La ley moral, en cambio, con su sistema normativo complejo, se presenta como la traducción institucional de estos valores éticos, comúnmente admitidos por el grupo. Si la ética participa, esencialmente, de la experiencia espiritual del sujeto, individual y colectivo, la ley moral, por su parte es una creación histórica y cultural, que tiende a garantizar la marcha del grupo, como los derechos y deberes de los sujetos que interactúan en el mismo.

Por lo tanto, por definición, se trata de un discurso histórico, situado en el espacio y el tiempo y, por consiguiente, cambiante y relativo. Es una institución esencialmente pragmática. La obsolescencia progresiva de la ley moral es una evidencia si comparamos sus diversas etapas de evolución, no sólo entre grupos culturales diferentes, sino, inclusive en un mismo grupo. Basta, como ejemplo, el caso de la ley mosaica, caduca en la mayoría de sus prescripciones, no sólo para los cristianos que se dicen herederos indirectos de ella, sino para los mismos judíos de hoy.

Esta obsolescencia, sin embargo, queda, la mayoría de las veces, encubierta por la ideología. En efecto, la ley, que se pretende una traducción pragmática e histórica del horizonte valorativo ético, no se inspira exclusivamente de estos valores espirituales. Al contrario, refleja, por una parte importante, los intereses en juego en la interacción social y política del grupo. El discurso moral, en este sentido, no es un puro ejecutor del mandato ético, sino también (y no pocas veces), la expresión de las luchas de poder interno.

Es aquí donde interviene la perversión ideológica, que busca confundir la ley con los valores éticos a los que, supuestamente, hace efectivos. El engaño ideológico consiste, por lo tanto, en sustituir la normatividad legal al proceso espiritual ético.

El inconsciente colectivo de los arquetipos.

Esta sustitución perversa de la ideología, se realiza, en particular, a través de un mecanismo inconsciente colectivo que llamaremos, de una manera general, los arquetipos. El psicoanalista Yung trabajó con acierto estos mecanismos arquetípicos que, en general, tienen que ver con experiencias arcaicas y fundantes de la humanidad, como la angustia de la pureza y de lo impuro, a su vez articulada con la sexualidad y la muerte.

Estos arquetipos tienen carácter de inconsciente colectivo, lo que les permite imponerse al discurso ético como evidencias universales, cuando son frutos muy remotos de las experiencias culturales más antiguas y más primitivas de la humanidad.

La conciencia como sujeto ético histórico.

Pero, el crisol de la verdadera convicción ética, de la decisión y de la interacción moral se sitúa en la conciencia, la cual se presenta como el árbol subjetivo y personal de la dialéctica triangular que acabamos de esbozar.

Este arbitraje constituye, de hecho, una amenaza para la ideología y la cultura en general, en sus afanes asimiladores e encubridores. Por lo tanto, el acceso a la conciencia, tanto individual como ciudadana, es una conquista histórica heroica

permanente. Es un acto audaz de libertad, que la cultura, bajo sus diversas modalidades, teme e intenta siempre evitar, afín de lograr sus fines hegemónicos en el inconsciente del sujeto.

Sin embargo, no podemos hablar de ética sin esta conquista permanente de la libertad de conciencia. Es aquí donde las épocas de crisis cultural como la nuestra provocan un quiebre de los dogmas ideológicos impuestos como valores ético morales. Estos quiebres siempre han constituido, a lo largo de la historia, una oportunidad para la construcción de un nuevo discurso ético que se enraíce en la libertad de una conciencia autónoma

Esta conquista pasa por el doloroso proceso de liberación de dichos condicionamientos culturales, y desemboca, necesariamente, en un despertar en cuanto a lo relativo de todo discurso, aún si este pretende expresar valores absolutos y eternos.

El etnocentrismo y la función de cohesión social del discurso ético.

Demos un paso más en esta exploración. En la dialéctica perversa que hemos denunciado en nuestro primer punto, nos conviene ahora, comprender el rol de agente cohesionador del grupo, que se le atribuye al discurso ético en una perspectiva estrechamente etnocéntrica.

La sacralización ideológico-religiosa del grupo: del “ethos” metafísico al “pathos” mitológico.

La experiencia ética es de orden metafísico. El ethos participa de la espiritualidad. Pero, cuando la ideología de un grupo específico confisca la ética, se produce un deslice fatal: la cultura sustituye lo que me atrevería a llamar un “pathos” mitológico al “ethos” espiritual.

Dicha falsificación se produce, cada vez que la ideología sirve para sacralizar el propio grupo. Esta es la enfermedad endémica de todos los etnocentrismos exclusivos. La mitologización de la ética desemboca, necesariamente, entonces, en mecanismos justificadores de la exclusión del otro, del diferente. Tal perversión del discurso ético es una traición, puesto que, precisamente, la ética tiene que ver con una alianza con el “otro”.

De esta mentira, participan conceptos tan anti éticos como los de “elección” de un pueblo, o de “limpieza étnica”, de “originariedad” o, de manera más general, en nuestro medio andino por ejemplo, de “criterio de humanidad” (jaque en aymara o una en quechua).

Cosmovisión y etnocentrismo ético moral.

En este proceso de confusión, la cosmovisión específica de cada pueblo juega un papel fundamental. Todos los mitos fundadores buscan situar el origen del propio grupo en la divinidad, haciéndose así el centro del universo. La medida del bien y de lo éticamente correcto reposa, entonces, en la propia realidad del grupo. La diferencia es interpretada, necesariamente, como éticamente negativa.

Paradigmático resulta, al respecto, el “encuentro” entre los hombres de Colón y los habitantes de Hispanola. El conquistador estaba persuadido que los indios hablaban un castellano vulgar. Intentaba, entonces, descifrar la “palabra del otro” desde sus propias categorías culturales y lingüísticas.

Interesante, también, la identificación del Nuevo Mundo con el Edén antes de la caída, con la consecuencia, ambigua, de considerar al indio o como “sin pecado” (los franciscanos utopistas) o, al contrario, como criatura sin alma.

La “Regla de Oro” y el estatuto del “otro”.

Si existe un valor ético universal que, por este mismo motivo, constituye la columna vertebral de todo discurso ético, y su punto de partida obligado, es la famosa Regla de Oro: “no hagas al otro lo que no quieres que él te haga”.

En esta formulación negativa y minimalista, la Regla de Oro es universal. El cristianismo, primero la va a voltear en un sentido positivo: “haz al otro lo que tu deseas que él te haga”. Pero el evangelio irá más lejos todavía: “Ama a tu enemigo” o, resumiendo la parábola del Buen samaritano: “hazte el prójimo del otro”.

Pero, cualquiera sea la formulación de este valor ético universal y fundador, la categoría del otro, su estatuto en mi horizonte valorativo y referencial, es la condición sine qua non de la ética. En otras palabras, no existe discurso ético legítimo sin acogida positiva del diferente. Todo discurso que excluye al otro del horizonte moral, es un discurso ideológico justificador y, por lo tanto, anti ético.

Autodefinición de las culturas y estatuto del otro.

Por lo tanto, el grado de eticidad de una cultura, su nivel de humanidad y de civilización depende esencialmente de lugar que esta cultura reserva al otro en su más múltiple acepción

En tal sentido, todas las culturas excluyentes, no importa su grado de sofisticación tecnológica o intelectual, son menos humanas y menos civilizadas, menos éticas, que otras culturas construidas sobre la hospitalidad y la confianza, cualquier sea su nivel de desarrollo moderno.

Es sobre este cuestionamiento ético fundamental que reposa toda la crisis de civilización en la cual estamos imbuidos.

La modernidad como crisis cultural de la ética.

La novedad de la cultura moderna, reside, precisamente, en el surgimiento múltiple y universal del “otro”, a partir del Renacimiento y de la dinámica exploratoria de Europa hacia el oeste como hacia el este y el sur.

El quiebre del etnocentrismo exclusivo.

La conquista de América se presenta como el paradigma de esta cuestión del “otro”, que va a poner en tela de juicio los a priori etnocéntricos europeos. Como lo hemos señalado ya, la pregunta oscilará, por un tiempo, entre dos extremos: el “otro” como la criatura

sin pecado original en el Edén reencontrado, o el “otro” como animal sin alma. Esta alternativa fue discutida en cenáculos teológicos peninsulares muy selectos.

Pero, muy pronto, los mecanismos de proyección y de prejuicio culturales prevalecieron, hasta desembocar en una opción definitiva: el colonialismo, donde el “otro” es relegado a la identidad de objeto.

Esta opción, entonces, fue sustentada, ideológicamente, por la religión católica de la contrarreforma, aunque con dudas y contradicciones internas permanentes. Si la teoría de la animalidad del Indio fue abandonada, sin embargo, su estado de objeto social, político, religioso y, sobre todo, económico, lo ubicó, en adelante, en una categoría éticamente inferior de humanidad.

El “otro” como duda ética.

A pesar de este re centrar temprano del discurso ético colonial en principios etnocéntricos, el gusano ya estaba en el fruto. El “otro” introduce necesariamente una duda sobre la identidad sagrada del propio grupo.

Tal duda provoca, entonces, dos posturas diametralmente opuestas. Por un lado, inducirá un sentimiento endémico de culpabilidad, que encontramos reflejado de manera emblemática y sublime en Bartolomé de las Casas. Esta lectura lo va a llevar a defender una identificación ética del indio con Cristo crucificado, y del colonizador con el verdugo re actualizado del propio Cristo.

Pero, este mismo quiebre del dogma etnocéntrico va a suscitar una actitud totalmente opuesta: el racismo institucional del sistema de las dos repúblicas. Una manera de no dejar cuestionar su ideología por el diferente, consiste, pura y simplemente, en excluirlo del espacio donde se desenvuelve el propio grupo. En este sentido, la colonia española fue la primera experiencia de apartheid de la historia europea, el primer sistema intrínsecamente racista y excluyente de una larga serie en la historia posterior, en diferentes colonias europeas del mundo entero.

El “otro” entre relativización y absolutización de la ética etnocéntrica.

Pero, cualquiera sean los mecanismos compensatorios de la crisis del “otro” en la convicción ética del grupo, de toda manera, su existencia diferente y su cohabitación, aunque relativa, acaba por socavar las evidencias y relativizar, cada vez más, los dogmas etnocéntricos.

La duda, así introducida, impide la ingenuidad ideológica, y obliga a desarrollar estrategias nuevas, más o menos duraderas y más o menos creíbles a largo plazo.

El quiebre del dogma etnocéntrico: condición de una verdadera ética universal.

Sin embargo, más allá de las resistencias y de los estratagemas históricos e ideológicos, este quiebre del dogma etnocéntrico se vuelve, poco a poco, terreno fundamental de todo discurso ético.

No puede existir horizonte ético selectivo y unilateral. Como lo recuerda la Regla de Oro, el “otro” es la columna vertebral de la ética. De tal modo que, toda verdadera ética es, por definición, a la vez universal y plural. Un discurso excluyente pierde, de por sí toda credibilidad ética.

La posmodernidad: oportunidad para un discurso ético intercultural, plural y mestizo.

El proceso expansivo del imperialismo colonial europeo desembocó, en nuestros tiempos, en lo que solemos llamar la globalización o la mundialización, según se insista más en las características económicas o culturales de la nueva civilización naciente.

Esta nueva situación de hecho, tiene aspectos sumamente cuestionables. Así, por ejemplo, la imposición de un solo modelo de consumo de productos, económicos, ideológicos y culturales, para todo el planeta, con las previsibles consecuencias en la pérdida de la conciencia de identidad

Pero, paradójicamente, la mundialización, muy especialmente a través de la revolución comunicacional, introduce también nuevos escenarios plurales en el juego cultural y, en lo que nos concierne, en el discurso ético.

De la “pluriculturalidad” a la “interculturalidad”.

El sistema colonial y postcolonial del imperialismo occidental ha revelado la pluriculturalidad del mundo. Sabemos hoy que el mundo está compuesto de diferentes cosmovisiones. Lo propio del imperialismo, es mantener estas múltiples culturas estrictamente yuxtapuestas y a distancia, como acabamos de mostrarlo.

Pero, poco a poco, la sociedad de masas dejó pasar influjos mutuos, más o menos inconscientes. El deporte, el arte y la moda se volvieron cada vez más porosos, dibujando, así, una sociedad planetaria “híbrida”. Cada ciudadano del mundo se parece, de alguna manera, a este “animal ideal”, compuesto de lo más útil de cada animal. Somos culturalmente cada vez más híbridos. Es lo que expresamos, aquí, con un bello peruanismo: la huachafería.

Sin embargo, más allá de la sociedad moderna de masa, la posmodernidad emprende un proceso cultural nuevo que llamamos hoy la interculturalidad. Ya no se trata de la mera yuxtaposición atemorizada de la colonia, ni de los modelos híbridos de la sociedad masiva, sino de un intento de recrear permanentemente un horizonte cultural común, plural y polifónico pero integrado.

El igualitarismo plural: condición de una cohabitación fecunda.

Una primera condición de este proceso intercultural es la igualdad de las diversas expresiones culturales en el escenario social y político. En otras palabras, se trata de una cuestión de poder.

En este sentido, el racismo solapado y recalcitrante del modelo peruano de sociedad, se convierte en paradigma de lo que impide el proceso intercultural. Igualdad de derechos, no sólo teóricamente, de dignidad y de oportunidad entre los diferentes grupos que componen la sociedad, es la condición para entrar en el siglo 21. Sin embargo, el Perú,

que pretende entrar como líder regional en la coyuntura económica mundial, conserva actitudes y prejuicios coloniales y feudales que explican la esquizofrenia nacional entre un Perú pujante y un Perú estancado en ideologías completamente obsoletas.

Dialéctica pluralismo-mestizaje.

Este proceso cultural es necesariamente dialéctico. No se trata de una pura asimilación mutua ni, tampoco de una yuxtaposición. En la cultura duna, en recomposición permanente, que conocemos, es esencial garantizar, a la vez, el pluralismo cultural y los movimientos de mestizajes constantes en el encuentro respetuoso y creativo. En este juego dialéctico, los jóvenes, más liberados de la esclavitud ideológica, se han vuelto expertos de lo plural mestizo y de lo mestizo plural.

La ética: árbitro y fruto de la dialéctica.

Es aquí donde entra en juego la ética. Ella tiene que asumir el rol de árbitro de dicha dialéctica, para evitar los abusos o el caos que esta dinámica no deja de suscitar.

Pero, al mismo tiempo, la interacción entre pluralismo cultural y mestizaje no tardará en producir un nuevo discurso ético cada vez más respetuoso de las diferencias y, al mismo tiempo, más universal.

La intersubjetividad: sustento de un discurso universal.

La posmodernidad, particularmente a través de la comunicación virtual, se presenta como la composición y recomposición permanente de redes inter-subjetivas.

Si, como lo afirmamos al comenzar estas reflexiones, el sujeto es el actor por excelencia y el dueño de la decisión ética de la conciencia, esta nueva coyuntura nos parece de las más favorables para la construcción de un verdadero discurso ético nuevo, liberado de sus ataduras ideológicas, siempre resurgentes.

Libertad de conciencia y quiebre de la cosmovisión objetiva.

Toda esta evolución de la cultura posmoderna, nos encamina, poco a poco, hacia una conciencia ética moral subjetiva y liberada de los condicionamientos ideológicos. A través de dicho proceso, es la objetividad del mundo, y de nuestra cosmovisión, que se está quebrando. Desde Copérnico, Darwin y Freud, la antropología occidental ha perdido progresivamente todas sus ilusiones míticas de objetividad cósmica y antropológica.

Es tiempo de remplazar esta supuesta objetividad mítica de la realidad, por una nueva conciencia inter subjetiva de la solidaridad antropológica y cósmica entre diferentes. La ética intercultural implica, entonces, asumir el misterio intrínseco del "otro", como límite y oportunidad, a la vez.

Violencia y miedo, como muerte ética.

Esta mutación cultural de la posmodernidad tiene todas las características de una transición. Como es normal, este proceso deja inquieto, ya que el pasado no está del todo descartado y el futuro no se diseña con claridad, todavía. Conclusión: el presente

deja un inmenso y angustiante vacío, aprovechado, de miles de maneras, por los tiburones culturales e ideológicos.

Vacío ético y sentimiento de amenaza del “otro”.

Este vacío es, esencialmente, ético. La transición, como lo hemos visto ya, deja el discurso anterior sin piso. En estas condiciones de orfandad espiritual, no es de asombrarse que el otro se vuelva amenazante y peligroso.

Este fenómeno explica el resurgimiento, aparentemente contradictorio, de propuestas fundamentalistas trasnochadas, en todos los sectores ideológicos del planeta. Esta “fascisización” del mundo, que se nos presenta como una victoria conservadora, no es, a mi parecer, sino una invasión de los discursos más retrógrados y más duros, del conservadurismo, en los espacios dejados desiertos por la crisis de civilización que vivimos.

Contrariamente a las apariencias, este retorno es un “canto del cisne” y una lamentable pérdida de tiempo y de energía, ante la urgencia de una búsqueda de propuestas éticas, realmente nuevas, y que respondan a la realidad inédita del mundo posmoderno. Una vez más, el miedo del otro sigue siendo el peor de los consejeros éticos y el padre casi seguro de la violencia.

El miedo y la violencia: síntomas del vacío.

De hecho, ante la desaparición de los mecanismos democráticos modernos de negociación (partidos políticos, gremios etc.), la angustia social planetaria provoca reacciones de locura securitaria, que se trate del muro que separa México de Estados Unidos o del que atraviesa el minúsculo territorio palestino.

La fobia migratoria des los países ricos, ante el flujo creciente de los pobres a sus fronteras, desemboca hoy en posturas irracionales, haciendo de sus territorios una especie de fortaleza asaltada por todas partes. Los atentados del 11 de septiembre en Nueva York, han demostrado por lo absurdo la inutilidad de estos mecanismos.

La única manera de resolver el problema de la invasión de los pobres es, definitivamente, la justicia y un sistema mundial equitativo, del cual estamos lejísimos, por supuesto.

Las tentaciones de repliegue pseudo ético.

Estos mecanismos, acompañados de discursos moralizadores fanáticos, son tentaciones reales pero sin futuro. Los pobres siguen siendo, y cada vez más, mayoritarios, pero los ricos los van a necesitar cada vez más, también. No sólo los recursos energéticos que poseen esos países se vuelven argumento de negociación, ante su escasez cercana en los países industrializados. La crisis ecológica, tampoco conoce fronteras. Estamos en el mismo barco, con o sin muros, que lo queramos o no.

Más temprano que tarde, estaremos obligados a sentarnos a la misma mesa y a repartirnos lo que queda de un pastel pasablemente reducido. Con o sin argumentos pretendidamente éticos, esta postura de repliegue se muestra absolutamente insostenible. Pero, por lo poco que dure, llevará, sin dudas posibles, a nuevas

deflagraciones violentas y a nuevas guerras sin salidas, como los Estados Unidos parecen apreciarlas especialmente, en estos tiempos absurdos.

En este sentido, una verdadera opción ética nos obliga a denunciar, sin tapujos, todos los fundamentalismos y todos los fanatismos sectarios, de donde vengan (cristianos, islamistas o andinos...). Estos mecanismos nos son sino lógicas suicidas de supuesta sobre-vivencia en la tempestad.

En nuestro medio, el discurso etnicista fanático se nos presenta como el paradigma de una postura sin salida. El concepto perverso de originarios, y su corolario “el inquilino”, al hablar de todos los demás, es una falacia intelectual y una perversión ética.

Primero, salvo en el Kenia, donde, supuestamente, nació la humanidad, todos los hombres son migrantes, y los americanos, por lo tanto los andinos, son los últimos del planeta en haber habitado su territorio, si creemos las hipótesis de población de nuestro continente por la migración desde Asia por el estrecho de Bering. Todos somos inquilinos, de alguna manera.

Pero, sobre todo, se trata de una peligrosa perversión ética que tiene todas las características de la limpieza étnica practicada por Hitler y, más recientemente, en la antigua Yugoslavia. La lógica racista de la pureza de la sangre es, hoy en día, desbaratada por todas las corrientes de la ciencia biológica.

Denuncia de la resurgencia de los mecanismos míticos justificadores.

En cada una de estas derivas que acabamos de señalar, el recurso mítico justificador me parece sumamente preocupante. Como el repliegue étnico del miedo y de la violencia excluyente no logra justificarse racionalmente, la única manera de darles crédito es volver a los mitos arcaicos más peligrosos, cuyos arquetipos, escondidos en lo más oscuro de la angustia humana, están siempre listos para resurgir al primer llamado.

Con todo el respeto y admiración que tengo para la simbólica mítica, en todas las culturas, denuncio sin temor su utilización pseudo intelectual, por falsos maestros sin escrúpulos, que los manipulan, en una línea supuestamente ética, pero dirigida hacia la destrucción y negación pura y simple del otro en su integridad.

Hacia una “ONU” ética.

Al concluir estas reflexiones, que se nos permita algunas propuestas prospectivas, condiciones, a mi parecer, del advenimiento de esta nueva ética universal que anhelamos y necesitamos.

Renuncia a la autosuficiencia ética.

La interculturalidad posmoderna nos lleva, obligatoriamente, a la modestia y, a la vez, a la audacia creativa permanente. En el contexto de la mundialización, tal como la hemos descrita más arriba, es ingenuo e ilusorio pretender a la autosuficiencia de un solo discurso para todos y para todos los casos.

Al contrario, este “cambio de época” implica una revisión permanente de las propuestas y respuestas éticas particulares, basándose en algunos valores universales permanentes, como son, por ejemplo la vida o la igualdad de todos los seres humanos.

Más allá de estos fundamentos, que son algo como el afinamiento del instrumento social, cultural y cósmico, es hoy indispensable variar al infinito los modos y las armónicas del instrumento, en función de esta novedad constante de desafíos inéditos que caracteriza nuestro tiempo.

Vamos, necesariamente, hacia un discurso más plural y más dinámico, pero a la vez construido sobre un verdadero consenso universal, siempre en proceso de recomposición.

Urgencia de espacios de negociación y decisión éticas.

Ante esta nueva coyuntura, es urgente crear un espacio universal de debate ético permanente. Este debate no tendría que darse entre naciones. Más allá de los intereses inmediatos de los grupos, reuniría agentes de sabiduría plural, viniendo de todos los horizontes espirituales y filosóficos del planeta.

Esta especie de “ONU” ética, consejo mundial permanente, de alguna manera, tendría que conectarse con espacios equivalentes a nivel nacional, y regional. Se trataría de un foro ético interconectado que recogería experiencias, interrogantes y propuestas.

La condición de tolerancia.

Al opuesto del discurso ideológico, esta nueva ética tendrá que construirse a partir de un a priori de tolerancia respetuosa de las diferencias de punto de vista, sin impedir la expresión y el debate abierto de divergencias.

Una ética plural no es, sin embargo, un discurso chatamente unanimista. Se tendrá que llegar, por cierto, a acuerdos y constatar, igualmente, desacuerdos tolerables y tolerados, por lo menos provisionalmente. Este a priori de tolerancia, implica, a su vez, una visión de la ética donde pueda entrar una dimensión de inacabamiento y de relatividad, ante los interrogantes totalmente inéditos de la nueva realidad cultural y social.

No estoy proponiendo una moral relativista, sino una búsqueda permanente de respuestas adecuadas y fecundas. El debate pluralista, en este sentido, apunta a reconciliaciones y consensos, que esperamos lo más universales y lo más definitivos posibles. Pero, a su vez, la humildad que nos imponen nuestros tiempos, implica una búsqueda permanente y el arte de interrogar tanto como de responder. Pues, esta nueva ética no puede dar recetas rígidas ante realidades movedizas, sino enseñar a situarse, a interrogar y a balbucear actitudes humanamente dignas y sensatas.

Ciencia y conciencia.

En esta utopía de un foro ético universal permanente, es indispensable hoy una confrontación constante entre los avances y los interrogantes de los científicos y los aportes de los “sabios” de la humanidad. En efecto, una conciencia individual y colectiva que no tomaría en cuenta el dato científico para construirse y elaborar sus propuestas, sería una experiencia sin fundamento concreto en la realidad.

En otras palabras, concebimos este foro mundial de la ética como una plataforma plural y pluridisciplinaria, con aportes llegados de todos los horizontes del pensamiento, de la acción y de la creación humanas. Sin duda, los artistas y los poetas tendrían su lugar privilegiado en un contexto tan desafiante donde, en muchas dimensiones de la realidad, lo simbólico será, pensamos, la clave del verdadero discurso ético del futuro.

Vigencia universal de las cartas de los derechos.

Sin embargo, a pesar de la perplejidad, no estamos totalmente desprovistos de instrumentos para abordar la realidad. En efecto, la carta universal de los derechos humanos, y sus diversas ramificaciones en derechos universales de grupos específicos, constituyen un valiosísimo ejemplo de este debate laborioso entre culturas y sensibilidades, para lograr un consenso, aunque parcial y, a veces, algo retórico.

En este sentido, todo cuestionamiento de los derechos humanos, de donde sea que surja, la mayoría de las veces desde los que se sienten observados, en sus prácticas inmorales, por las instituciones tutelares de dichos derechos, debe ser denunciado, a su vez, con vigor. Pienso, en particular, en el actual discurso de desprestigio practicado por nuestro gobierno de turno. Cada vez que estas cartas son despreciadas, estamos retrocediendo gravemente en el camino de la nueva ética mundial, tan urgente y tan anhelada.

Simón Pedro Arnold o.s.b.